

## XVIII

## MAS TIPOS NACIONALES.

ADemás de los tipos que minuciosamente he dádote á conocer, mi buen lector, otros muchos iban presentándose durante el día por las diversas calles y plazas de la ciudad.

El *leperillo* de camisa y calzón de manta, con la frazada al hombro, reclinado en el guardacantón de una esquina, fumando su cigarrillo, y en plática con su mujer.



EL MANTEQUERO.—De mandil y blusa de manta, caminaba por las calles, sosteniendo en la cabeza la aljofaina de hoja de lata, con dos ó tres arrobas de manteca apilada. Antiguamente era el tal individuo verdaderamente asqueroso, sin más prenda en su vestido que el calzón arremangado, tan grasiento como su



cuerpo, viéndosele, cruzado en su desnudo y mantecoso pecho un rosario.

EL CARNICERO, que apresuradamente conducía del almartigón una mula cuyos lomos soportaban un aparato de hierro, con garfos, de los que pendían los desollados cuerpos de las reses.



EL FRUTERO con su canasta llena de frutas de la estación, también en la cabeza.



EL VELERO, sosteniendo horizontalmente en sus hombros un largo bastón de cuyas ex-

tremidades colgaban varios racimos de velas de sebo.



EL PESCADERO, que igualmente llevaba al hombro un palo cilíndrico, en cuya extremidad superior estaba fijo un aro del que pendía la red, y además, en la mano el cesto con los pescados.



LOS CABECEROS, que en vez de llevar en angarilla todo lo concerniente á su comercio, uno sustentaba en alto una tabla de madera y so-



bre ésta el horno con las cabezas de carnero, y otro cargaba, como el aguador el chochocol

y el cántaro, dos canastas con la salsa, la ensalada y otros condimentos, ó bien ambos llevaban en una angarilla el horno de hojadelata, la salsa y la pimienta.

EL ARRIERO, guiando su recua de mulas, con carga ó sin ella, ó bien veíasele recibiendo la que confiadamente, y amparada por su buena fe se la entregaba.



LOS INDIOS DE ROMERÍA, que se dirigían á un santuario ó regresaban de él, llevaban un largo bastón en cuyo extremo aparecía en estampa la imagen del Señor de Chalma ó de la Virgen de los Remedios, entre ramajes de oyamel.

EL NEVERO que llevaba en equilibrio sobre la cabeza el cubo de la nieve y en la mano una canasta con platos y cucharitas de metal y no anunciaba su mercancía como los de hoy, gritando: "Helados de nieve" sino que la voceaba diciendo: "*Nieve de Limón y leche, al nevero! A los canutos nevados ¿quién se refresca?*"



EL PANADERO, que llevaba sobre la cabeza un gran cesto lleno de pan y cubierto con una red.



EL CARGADOR que unas veces estaba de pie en cualquiera esquina ó sentado en el guarda cantón, esperando á ser llamado por algún dependiente del comercio para el transporte de fardos ó dinero, ó bien por algún criado ó por un aguador para que se encargase de la mudanza de una casa, y otras se le veía ejerciendo su oficio llevando una casa á cuestras en virtud del sistema económico del ama de casa que iba á cambiar de domicilio, pretendiendo que el mozo de cordel transportase, en un viaje lo que debiera efectuar en tres.

EL JAULERO que á causa del poco peso de los objetos de su comercio, se echaba tantos á la espalda, que su cuerpo casi desaparecía entre el inmenso volumen de la carga.

Tipos iguales al anterior eran los CEDACEROS.



EL RANCHERO, con calzonera de pana ó cuero y su cotón de gamuza, montado en su caballera con *anquera*, ó sea la cubierta de cuero que resguardaba las ancas del animal hasta



los corvejones. Otras veces presentábase el ranchero con su traje lleno de bordados, botonaduras y agujetas de plata, montado sobre rica silla, en brioso corcel y con su vistoso sarape del Saltillo al hombro.



## XIX

## TRAJES DE LA EPOCA.

HE presentado, en general, tipos del pueblo y poco ó nada he dicho de la gente de pelo, cuyos caracteres, por lo que respecta al traje, eran como siempre, muy variables, sujeto como se halla éste á las modas, que no sólo constituyen una esclavitud para el ser humano, sino á veces un martirio. Hoy nos burlamos de las modas pasadas; otros se burlarán mañana de las presentes, á lo que ciertamente dan motivo esos macetones copados de flores, esas pajareras y aparatos inverosímiles de cintas, plumas y alas de cuervo que llevan las señoras en la cabeza y han dado en llamar sombreros.

En la época á que me he referido en mis artículos anteriores, una moda atormentadora había pasado dichosamente para los hombres, como era el uso de las trabillas ó *piñones* en los pantalones, los que sujetos por ellas á los pies y por los tirantes á la cintura, formaban por su excesiva tensión, rodilleras tan levantadas que parecían hechas de propósito para ocultar diviesos. Hubo vez que á un individuo le aconteciera, estando de visita, el siguiente percance: al cruzar una pierna sobre la otra, no pudiendo la trabilla resistir mayor tensión, saltó del pantalón produciendo en el elástico casimir, un rápido encogimiento, cuyo natural efecto gran mortificación causó á dicho tertuliano.

Los elegantes, ricos ó de modesta fortuna, de largo pelo rizado conforme al uso, seguían las modas francesas y acudían para la confección de sus trajes á las justamente afamadas sastrerías; mas los de medio pelo y petimetres de casa de vecindad, entre los que se contaban

los tenderos y algunos empleados de baja estofa, eran los parroquianos de los *sastres rincóneros*, para quienes el lujo consistía en los trajes de escandalosos colores. Así es que si bien se veían atravesar diariamente por las calles elegantes de la primera especie, también se observaban en ellas, con especialidad los domingos, á los de la segunda. Presentábanse éstos luciendo, muy ufanos, el chaleco de terciopelo color de guinda, verde mar ó azul turquí ó de Prusia, en cuyo campo resaltaban ramajes de colores; la camisa de tablas menuditas, bien lavada y almidonada, sobre la que caía la corbata de *toalla*, en cuyo nudo aparecía un gran solitario de vidrio con centelleos, que á su propietario parecíanle los de Sirio, la levita negra y, á veces, un saco listado de colores, y por último, el pantalón de casimir con dibujos de ramas, flores y hasta muñecos, como si la tal prenda hubiera sido hecha con un retazo de alfombra.



Todos los demás que no pertenecían á estas dos especies, andaban por las calles con trajes que no llamaban la atención, ni en un sentido ni en otro.

A las señoras, la *moda nueva* las exponía á conflictos y vergüenzas. Con el fin de evitar el peso de muchas enaguas, que exigían los anchurosos vestidos que, como siempre, las monerías de Francia habían impuesto, hubieron de inventarse el *mirriñaque*, (así decían) *la crinolina*, *el puf* y *el polisón*. ¡Perdón te pido lengua castellana!

El *Mirriñaque* era una enagua de género rígido, exprofesamente fabricado para armadu-

ras, ó bien era de un lienzo almidonado ó encolado. La *crinolina* era el ahuecador por excelencia, formado de cuatro ó cinco aros de mimbres ó de láminas delgadas de acero, de menor á mayor diámetro, y ligados por cintas de lienzo.

Estos dos aparatos, y principalmente el segundo, proporcionaban á todo el mundo espectáculos gratis.

En las grandes anegaciones, tan frecuentes en nuestra hermosa Capital durante la estación lluviosa, no había más que pararse en una esquina y observar el paso de una dama por la tabla de puente improvisado, y entonces, por reflexión, se veía en el agua como en un espejo toda la parte interior de la crinolina.

Si alguien se encontraba en la calle con dos damas, apresurábase á dejar libre la acera para no exponerse, al pasar por en medio de ellas, á venir al suelo por el irresistible choque de los ahuecadores. Tal sería lo que á un mozo de cordel le aconteciera en un caso de éstos apurado, que después del fracaso con una dama no pudo menos que burlarse de ella, diciéndole con suma gracia:

—¡Tamaño farol pa dos velitas de sebo!

Otras veces, y lo que es más sensible, estando la dama de visita en una casa, acontecía que al tomar asiento, la natural presión ejercida en las varillas contra el encojinado del sofá hacía levantar la crinolina por delante á gran altura y con ella el vestido, á guisa de una concha de apuntador ó consueta, ofreciendo á los circunstantes diversión gratis, á pesar de las manotadas que la del conflicto daba sobre el vestido para deshacer la bóveda indiscreta.

Como para compensar el tal percance con otro de contrario efecto, la traidora crinolina levantábase por detrás, cuando las pícaras varillas eran oprimidas contra el mostrador de una tienda de ropas en los momentos en que, de pie, aquélla hacía sus compras.

Si soplaba en la calle un ventarrón, ¡cuánto apuro y cuánto esfuerzo para contener por todos lados los impulsos traidores del ahueca-



dor! Si la dama lograba apaciguarlo por un costado oprimiéndolo contra la pierna, se levantaba terco é inobediente por el otro, y veces hubo que el tal aparato se pudiese de revés, como un paraguas cuando no resiste el ímpetu del viento.

Constituían el *puf* unos cojincitos rellenos de lana ó de crines de caballo, y su objeto era simplemente alzar, más ó menos, por detrás, la enagua del vestido. ¡Qué desgraciado fué el que dió, por nombre á tal dije el de una interjección!

¿Y el *polisón*? Este era una especie de tontillo, fragmento esférico hecho de un lienzo, armado con barbas de ballena, y se sujetaba á la cintura, como el anterior, por medio de una cinta de lino.

Tales aparatos no dejaban, igualmente, de causar, á veces, sonrojo á las que los usaban, y yo recuerdo un caso, en extremo mortificante, que aconteció en un lugar muy concurrido, como quien no dice nada, el Portal de Mercaderes.

La pícara cinta abandonó, cierto día, la delgada cintura de una bella joven, y con la cinta el *polisón* cayó al suelo. La joven no se dió por entendida del fracaso y siguió adelante su camino, encendida como un sol; pero un tunante é indiscreto pilluelo de los que siempre abundan en aquel lugar público, levantó el malhadado aparato y corrió tras de la joven gritándole sin cesar:

—¡Señorita, señorita, aquí está su *anquera*!

Por no hacerle el cuento largo, querido lector, no te hablo de otros inconvenientes á que se sujetaban con gusto las señoras: como siempre, por la sola consideración de ser de moda los objetos que los causaban, como por ejemplo, los ahuecadores en forma de plátanos guineos con que se levantaba el pelo arriba de las sienes, y las ingratas *castañas*, bolsas de red en las que se recogía el cabello y colgaban por detrás de la cabeza.



Ya veo acudir á tus labios, bonísimo lector, una pregunta sugerida por tu curiosidad. —¿Cómo era México los domingos?—Casi el mismo que hoy, te contesto yo, salvo algunas pequeñas diferencias que estoy pronto á presentarte.

Desde muy temprano el toque pausado de agudas campanas llamaban á Misa en más de 80 templos que la Reforma redujo á unas dos terceras partes, y, como en el día, algunas ancianas y las jóvenes madrugadoras, envueltas en sus mantones de merino negro, se apresuraban á cumplir con el precepto dominical; pero ya de las ocho en adelante ibanse presentando diversos tipos que conviene darte á conocer.

El individuo (aunque en notable minoría) que conservaba la mala costumbre de atender tarde á su aseo acudía al templo arrebuñado en su capa española, á fin de encubrir su cuerpo á medio vestir, pues iba en mangas de camisa y sin corbata, y si llevaba pantalón, era sin duda, por el temor de que algún leperillo, al verlo sin él, en la calle le dirigiese este expresivo dicho: *dealtiro te pelates*, lo que traducido al castellano quiere decir conforme al caso: *demasiada despreocupación es la tuya*, y, por último, sus pies iban metidos en holgadas chinelas con ó sin bordados en las palas. No bien echaba el padre la bendición, salía mi hombre del templo y se dirigía, con la presura que el peso de la capa le permitía, al baño, de éste á la peluquería y de ésta á la casa, en la que ya se vestía con su mejor ropa, transformándose inmediatamente en el lechuguino conquistador que salía azotando calles.

Los jóvenes á quienes se daban los diversos nombres de *pisaverdes*, *currutacos*, *mequetrefes*, *dandys*, *petimetres*, *catrines* y el muy popular de *rotos*, vasta nomenclatura reducida hoy al nombre genérico de *lagartijos*, parábanse en las puertas y atrios de los templos para ver entrar y salir á las damas, en general, y cada cual, al objeto de su amor, en particular.

Por aquí veíase al clérigo, de sotana y capa negras y sombrero abarquillado, por allí el religioso franciscano acompañado de su lego, aquél con sombrero blanco de tendida falda, y éste con capucha. Ya era el dominico el que aparecía con sombrero de clérigo, ó el merce-

dario; ya el dieguino y fernandino, cuyos hábitos he dado á conocer en los artículos relativos á los monasterios y procesión del Corpus. Los muchachos siempre aprovechaban el encuentro de alguno de estos religiosos para llegarse á él y pedirle la bendición, diciéndole: *la mano padrecito*, á lo que aquél contestaba: *Dios te haga un santo*, dándole á besar la mano desnuda, unas veces, ó bajo del sayal, otras.



CLERIGO.

Vestidas las Señoras con saya de gro negro y rica mantilla de blondas sujeta al pelo por un rico fistol y caída con gracia á las espaldas, ofrecía el típico carácter de la dama mexicana, en la que á la vez brillaba el donaire y



LA CAPA Y LA MANTILLA.

señorío. Las jóvenes se presentaban con velo de punto ó cubiertas con pañolón de seda, mas ninguna iba con sombrero á la iglesia. El uso de los zapatos bajos, de raso negro, asegurados por las ligas de seda, llamadas impropriamente cáligas, que se cruzaban sobre las buenas medias de *patente*, y el vestido corto, permitían observar los diminutos y bien formados pies de las mexicanas.

Dos jóvenes, ella guapa moza y él de no malos bigotes, veíanse venir con dirección al

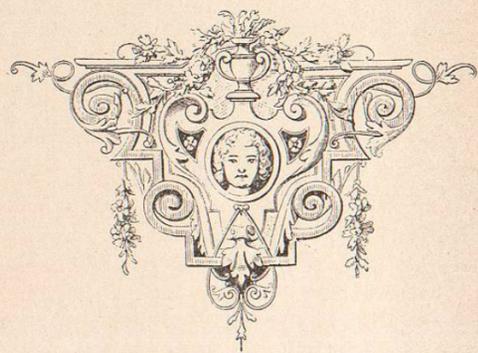
templo, llevando el joven en su mano izquierda el devocionario de la dama y enlazando ésta su brazo izquierdo con el derecho de su compañero, muellemente reclinada y posando con ademán cariñoso sobre aquel mismo brazo la mano que le quedaba libre. En su andar pausado y en su conversación, al parecer muy tierna, conocíanse desde luego, á dos recién casados en pleno disfrute de su luna de miel. Esto mismo se observa hoy y seguirá observándose mientras el mundo sea mundo y los que lo habitan den entrada en su corazón al amor. Podrá disminuir el período de esa luna, mas eclipsarse ésta, jamás.

La Misa de once en San Francisco era la que más gente atraía, por asistir á ella con frecuencia algún batallón de los que guarnecían la Capital, el cual entraba á la iglesia con paso mesurado, al compás del sonido del tambor, y ocupaba en debida formación el centro de la iglesia, en tanto que los gastadores se desprendían de la cabeza del cuerpo para ir á colocarse en el presbiterio, á uno y otro lado del altar. Durante la ceremonia, la música del Cuerpo hacía resonar en los ámbitos del templo sus bellas armonías, las que muchas veces se mezclaban con los alegres trinos del inquieto saltapared. En la elevación callaba aquélla, todos

los soldados hincaban una rodilla en tierra y rendían las armas, y los clarines y tambores batían marcha, cuyo regular y solemne ritmo producía, en tan solemnes momentos, un mágico efecto al unificarse con el pausado y argentino sonido de la campanilla y los trinos de la regocijada ave.

Los paseos á los alrededores de la Capital, como Tacubaya y San Angel, donde se comía bien y se jugaba á los bolos, se visitaba á las familias, se daban, por las tardes, frecuentemente *tamaladas* y se bailaba, ponían en movimiento los carruajes de alquiler, desde las primeras horas del día, en la hermosa Capital: omnibus, guayines y carretelas transportaban á mucha gente á los amenos lugares expresados, por dos reales el asiento, aumentando el movimiento los coches particulares y de número, así como los trenes del ferrocarril, cuando ya los hubo.

Todo lo que he manifestado puede dar una idea cabal de lo que era la ciudad de México por la mañana, allá por la sexta década del siglo XIX, pero falta dar á conocer algunas de las costumbres de la tarde y que, en realidad de verdad, han desaparecido del teatro de la Capital, ó pueden considerarse, en parte, como sombras de lo que fueron.



## XX

## TERTULIAS POR LAS TARDES.

Si pasabas, lector mío, por el Portal de Agustinos á poco de escuchar las campanadas que en las torres de los templos se dan á las tres de la tarde, en conmemoración de las agonías del Señor, podías ver al lado oriental del callejón de Bilbao la librería de Andrade, y en esa librería, en el espacio medianero entre las dos puertas del establecimiento y el mostrador, reunidos varios personajes que, por su posición en el mundo de las letras y su sabrosa plática, conviene dar á conocer, advirtiéndote que á tan

Sociedades de que era miembro, de buenos libros, mapas, instrumentos y colecciones de dibujo, de minerales, de monedas y medallas y al país en general, de apreciables obras y opúsculos diversos, debidos á su vasto talento, gran erudición y fecunda pluma. Era un hombre que á todos ayudaba y dirigía con sus consejos, y sólo tuvieron queja de él, los malos versificadores y literatos incorrectos á quienes con suma gracia, azotó de lo lindo por medio de su periódico *El Zurriago*, que por lema tenía: "El peine que más raspa es el me-



EL CONDE DE LA CORTINA Y DE CASTRO.



DON JOSE JOAQUIN PESADO.



DON JOSE BERNARDO COUTO.

agradable tertulia se adhería mi humilde persona, en horas de asueto del colegio, seducido por la fácil é instructiva palabra de aquellos sabios y por el cariño que me demostraban.

El Conde de la Cortina y de Castro, (á quien debí, siendo muy joven, mi ingreso á la Sociedad de Geografía y Estadística), excelente y correcto hablista, literato distinguido, de carácter jovial y desinteresado, rico que por favorecer, sin discreción, á todo el mundo, casi se quedó sin blanca. Espléndido por educación y por carácter, dotó á los establecimientos científicos y literarios de México, y á las

jor para quitar la caspa." Era delgado y de elevada estatura y correcto en el vestir; su fisonomía presentaba caracteres bien determinados: nariz aguileña, ojos de vivaz mirada, boca regular sombreada por un tupido y recordado bigote, frente despejada y el pelo, terminado en pequeños rizos y traído de atrás hacia la frente.

El Conde de la Cortina me estimulaba para proseguir mis incipientes trabajos geográficos, dándome útiles consejos, poniendo á mi disposición su rica biblioteca y obsequiándome con sus interesantes apuntes sobre la de-